

HISTORIA DE UNA ANTIGUA FAMILIA CATALANA LOS DE BELLERA

I. LOS ORÍGENES

Desde los comienzos de la reconquista cristiana en Cataluña la historia de esta familia se enlaza constantemente con la de la nación catalana, de la que forma parte, de una manera tan viva que en ella se reflejan los más particulares aspectos de la vida feudal en sus orígenes y en su desarrollo hasta el nacimiento de la realeza y de la unidad española.

En el corazón de la cadena de los Pirineos, entre Urgel y el Valle de Arán en territorio del condado de Pallars, donde la leyenda quiere que Sicoro, sucesor de Atlante, dirigiera sus trabajos para la fundación de ciudades¹, está la Roca de Bellera, centro de la antigua baronía de este nombre y, en la antigüedad, castillo muy poderoso², dominando caminos entre los cuales siempre se desarrolló durante los siglos el flujo y reflujo de las emigraciones de los pueblos y de las invasiones de una a otra pendiente del Pirineo.

La fundación de la baronía se atribuye al emperador Carlo Magno durante la reorganización de las tierras de Cataluña tomadas a los moros después de la conquista de Gerona, entre los nueve títulos antiguos de la nueva provincia nombrados en la Dieta y Cortes de Elna en el año 791 y sometido al conde de Pa-

¹ LA PEÑA Y FAREL, Narciso Feliu de, *Anales de Cataluña* (Barcelona, 1709), I, p. 35.

² ROCAFORT, Ceferí, *Del Noguera Pallaresa al Noguera Ribagorzana* (Barcelona, 1906), p. 36; CARRERAS CANDI, Francesch, *Geografía general de Catalunya. Prov. de Lleyda*, pp. 852-55; AMADES, *Castells llegendaris de la Catalunya vella* (= Bibl. Trad. populars, vol. XIX), p. 17, que dan interesantes noticias referentes a Sarroca de Bellera, antiguo centro de la baronía de este nombre y narran que del antiguo poderoso castillo sólo quedan ruinas. Hablan también de una antigua estatua románica, en madera, de la «Mare de Déu de Bellera» y de un antiguo dosel del altar, de estilo gótico, muy apreciado por su valor arqueológico, venerados en la iglesia de Sarroca, desgraciadamente destruidos durante la guerra civil de 1936. El último refiere también la leyenda que cuenta cómo empezó la destrucción del castillo de los Bellera por obra nada menos que del diablo.

llars³. Otros autores ya mencionan al noble de Bellera armado caballero por el obispo de Roda con el conde de Pallars y el barón de Anglesola en 743; y a su séquito le atribuyen los nobles de Puigvert, de Erolde, de Esterri, de Talarn, de Cerlar o Esprills, de Castellnou, de Alzamora y de Sosterres⁴.

Queda oscuro el origen anterior de esta familia lo mismo que si su nombre se tomó de los mismos lugares o si a éstos diera él el suyo. En efecto, es difícil determinar si descende del núcleo originario de los iberos, de los galos o de los cántabros, o está ligado a los grupos étnicos que las sucesivas invasiones cartaginesas y romanas después expulsadas de los valles prósperos, donde quedó el vacío, por la invasión tumultuaria y destructora de los suevos y vándalos del siglo v; o si su estirpe pertenece a aquel pueblo godo que la expedición de Clodoveo, rey de los francos, expulsó del mediodía de Francia en el siglo vi, constriéndolo a refluir en España donde en lo sucesivo se afirmó el poder de los visigodos.

El hecho de que nos encontremos en el corazón de los Pirineos, de cuya gran misión se ha afirmado autorizadamente ser «en todas las épocas un santuario de independencia abierto a las razas oprimidas y en que este carácter protector, común a todas las montañas, aparece más que en parte alguna permanente, grandioso y envuelto en un halo de heroísmo» y la antigua organización alcanzada por los ibero-romanos llegados aquí impelidos por la invasión vandálica fundidos con los pueblos indígenas primitivos para dar lugar, con la mezcla de sus leyes, a la estirpe originaria de aquel pueblo catalán, cuya característica principal debía ser el espíritu de absoluta independencia siempre mantenida y que hallamos más viva en los núcleos originarios de los conda-

³ LA PEÑA, *Anales*, I, pp. 221-22 y 256; BOFARULL Y MASCARÓ, Próspero, *Colección de documentos inéditos del Arch. general de la Corona de Aragón*, vol. 9, p. 265; MONCAUT ET SENAC, M., *Histoire des Pyrénées* (París, 1853), t. III, pp. 7-9; MARCA, Pedro de, *Marca hispanica* (París, 1688), pp. 251-68; BARELLAS, Esteban, *Centuria o Historia de los famosos hechos del Gran Conde de Barcelona* (Barcelona, 1600), ff. 9-9-6; VILAR Y PASCUAL, Luis, *Diccionario histórico genealógico y heráldico de las familias de la monarquía española* (Madrid, 1859), t. I, pp. 28-30; BOSCH, Andreu, *Sumari Index o epitome dels admirables y nobilissims títols de honor de Catalunya* (Perpinyá, 1268), pp. 309-11; GARMA Y DURÁN, Francisco Xavier, *Adarga catalana* (Barcelona, 1753), vol. II, p. 218; FEBRER, Jaume, *Trobes* (Valencia, 1796), Troba LXXXV, p. 55; SANCHIS SIVERA, Josep, *Dietari del capellà d'Anfos el Magnànim* (Valencia, 1932), f. 34v; VINYES, Felipe, *Ilustraciones y Discursos chronológicos y juri-políticos del Principado de Cataluña*: manuscrito del siglo XVII, en *Bibl. Central Barcelona*, ff. 71-72; CARRERAS CANDI, *Geografía, Prov. de Lleyda*, pp. 852-55.

⁴ TARRAGONA, Pedro Ángel de, *El blasón de Cataluña* (Barcelona, 1776-77), t. III, pp. 259-61.

dos de Pallars, Ribagorza y Sobrarbe; el que los visigodos hallasen a estos pueblos con sus administraciones locales, sus valles libres demasiado reciamente constituídos para poder ser absorbidos en sus circunscripciones ⁵, y que en las gargantas del Pirineo hoy en día las iglesias y las aldeas resulten más numerosas y populosas que en las llanuras donde las condiciones del ambiente son más favorables (por las sobredichas razones históricas que allí crearon un continuo reflujo de pueblos), y que allí predomine un estilo románico purísimo de lo que se deduce que el mayor reflujo de los pueblos tome origen de la caída del imperio romano (mientras que el estilo gótico se afirma en las llanuras) haría propender a atribuir origen ibero-romano a las más notables familias.

En lo sucesivo bajo el empuje de la invasión mahometana de España, introdujeron aquí los elementos políticos sociales que informaron su constitución, por la cual la clase dirigente era la de la nobleza (nobiliores), que fundada en el derecho de la sangre y del nacimiento, recibía de la autoridad y de la fortuna importantes clasificaciones. Los gentilhombres más influyentes tomaban los títulos de *primiores*, *primates*, *seniores*, *ricos hombres* (de *ric*, sufijo nobiliario de los nombres visigodos). Los *comes*, *dux* y *proceres*, funcionarios de curia o administrativos, debían su distinción no a su nacimiento, sino a su empleo. Atribución común a los nobles era la de la administración de la justicia y su privilegio de estar exentos de ciertos castigos reservados a las clases serviles.

Estos principios, despojados, a causa del gran desastre de la civilización occidental, de ciertos detalles superfluos y de formas ya superadas, fueron conservados en substancia por la sociedad visigoda-romana: espíritu religioso, jerarquía sacerdotal, realeza efectiva y del germen mismo del espíritu feudal representado por el «patronato», esto es, por la institución que, en el derecho militar de los pueblos germánicos hacía que, desde los orígenes, acudieran a los jefes influyentes (*ric*) los hombres que buscan un protector (*patronus*) que los abasteciera de armas, los guiase en las batallas y los hiciese participar en el botín de guerra.

Así mientras bajo el empuje de la invasión de los moros, los Pirineos occidentales servían de patria a las tribus vasco-cantábricas, el este y el centro, que habían mantenido la tradición de las «curias», de los «senados» y de la administración romana con la fuga de los mejores entre los visigodos (y fueron la mayoría

⁵ MONTCAUT, *Hist. des Pyrenées*, t. I, pp. 18-19 y 27.

⁶ *Ibidem*, t. III, p. 195 y t. V, p. 397 (add. y notas).

de la más antigua nobleza de las tierras catalanas) que por su espíritu de independencia y fervor religioso rehusaron someterse (como por el contrario hicieron algunos grandes de los godos en Barcelona que se sujetaron a las leyes de los musulmanes y les pagaron tributos) a los árabes invasores, recibieron, a través de los altos valles del Ebro, el elemento feudal que los francos no habían logrado poder imponerles desde el Norte.

Así algunos historiadores podrán afirmar que la feudalidad se constituyó en Cataluña y Aragón, y después alcanzó las vertientes gálicas y rindió las regiones del Norte (Cominges, Bearn, Bigorra, Foix, Narbona, Carcasona) feudatarias de los tres grandes estados del Pirineo español: Cataluña, Aragón, Navarra. Y el historiador de los Pirineos, Montcaut, con razón podrá decir:

Bien loin de s'affaiblir sous la pression de la domination étrangère, ces princes acquirent une puissance nouvelle, puissance élevée jusqu'à cet heroïsme chevaleresque et religieux qui forma le cachet des peuples pyrénéens: le sentiment religieux, l'orgueil national, l'absolutisme de la loi, le respect des libertés publiques, furent les ancras de salut auxquelles il se rattachaient constamment pour lutter contre les assauts incessants de l'Orient et du mahométisme tout entiers; leur courage, grandissant avec les dangers, décupla leur forces et ne les laissa reculer devant l'exagération d'aucun noble sentiment ⁷.

A esta primitiva caballería feudal, protectora de los pueblos y defensora de la fe, pertenece ciertamente desde sus orígenes la estirpe de Bellera y, aunque falten referencias precisas históricas, sin duda, participó activamente con sus miembros en la primera resistencia contra los musulmanes invasores, de la cual debía tomar principio la reconquista cristiana de toda España.

En efecto, después que los árabes llevaron su conquista hasta la vertiente francesa del Pirineo oriental y, no obstante que su dominación evolucionara de las formas primitivas de saqueo y destrucción hasta llegar a ser para los cristianos no más pesada que la de los visigodos para los judíos, el cristianismo con todo desorganizado, expulsado de sus templos convertidos en mezquitas, la libertad vuelta en esclavitud: esto bastó para que los pueblos organizaran la resistencia con una obstinación que debía llenar toda la historia de los siglos VIII y IX.

Desde entonces los Pirineos se transformaron en fortalezas; sus gargantas estrechas, las cumbres, las cavernas fueron enlazadas

⁷ MONTCAUT, t. I, p. 430.

en un sistema defensivo estratégico, restos de lo cual han llegado hasta nosotros. Cada cerro tuvo su torre, sus murallas, sus bastiones; cada caverna, sus barbacanas; cada cumbre aislada, sus puestos de observación donde los centinelas encendían fuegos para dar la alarma hasta las más lejanas anillas de esa admirable cadena de señales; fuegos que a los moros parecían cosa de magia y que propiamente tuvieron su origen en Cataluña, de donde tomaron su nombre de «alimarias»⁸.

Los moros que ocuparon España nunca lograron dominar en toda Cataluña y aún cuando pudieron llevar su conquista más allá de la vertiente francesa de los Pirineos, quedáronles siempre a los cristianos los refugios de los altos valles de Capsir, Conflent, Pallars y Seo de Urgel y no obstante sentir más pesante la presión de la morisma nunca cesaron de obstruir a los árabes el pasaje de los Pirineos hasta que el continuo afluir de refuerzos mahometanos los constriñó, pero nunca domados, a refugiarse en las plazas fuertes, ciudades, pueblos y castillos de las altas montañas, de las cuales bajaron para conquistar poco a poco a precio de sangre y en continuas batallas cuanto necesitaban para su vida, manteniéndose en esta situación hasta el 725, cuando enviaron una embajada a Carlos Martel invitándolo a unir sus fuerzas a las suyas en defensa común contra el Islam, y para empeñarlo más participaron con sus mejores caballeros en gran número en la batalla de Tours, condividiendo con los francos la gloria de la victoria⁹.

Carlos Martel cumplió con su promesa y envió un ejército que en 726, junto con los catalanes, conquistó el Rosellón, Conflent, Cerdaña, Vallespir y una parte de Urgel hasta que, reclamadas por el mismo Carlos Martel las fuerzas francas a causa de la guerra emprendida contra los sajones, los musulmanes lograron poner la planta en Cerdaña, el 728, destruyendo Puigcerdá. Desde este año hasta el 732 los catalanes mantuvieron dueños de las plazas fuertes de Cataluña con sus propias fuerzas, logrando aún reconquistar solos Vich y Livia de Cerdaña, hasta que engrosadas con continuos refuerzos las filas islámicas se vieron obligados a refugiarse de nuevo divididos en los más altos valles fortificados del Pallars, Urgel, Arán, Capsir, Conflent, Rosellón, Ribagorza, Andorra y Bagá, y a solicitar del rey de los francos el envío del capitán Otger Gollante, que algunos hacen germánico, otros, catalán,

⁸ LA PEÑA, *Anales*, t. I, lib. VIII, cap. I.

⁹ *Ibidem*, p. 203.

y por esto llamado Catalón, que por aquella época gobernaba la Aquitania por Carlos Martel.

Del ejército de Otger formaban parte descendientes de familias catalanas que previamente se habían allí retirado desde Cataluña y éstos favorecieron la venida de Otger para la liberación de su patria y por la guarda de su fe, y a esa venida se unieron germanos y francos que formaban parte de las fuerzas de aquel capitán. Además de los nueve héroes de la historia catalana: Dapifer de Moncada, Galcerán de Pinós, Ugo de Mataplana, Galcerán de Cervera, Galcerán de Cervellón, Grao de Alemany, Bernardo de Anglesola, Gisperto de Ribelles y Bernardo Roger de Eril, afluyeron en masa los descendientes de las más ilustres familias de Cataluña que se habían antes refugiado en Francia y formaron un ejército de más de 25.000 hombres entre catalanes, alemanes, francos e hispanos, ejército que entró en Cataluña por el alto valle del Garona en 734, pasando por el valle de Arán, el puerto de Piedras Blancas, Batet y Martollet, agregándose a él los más insignes caballeros catalanes de la comarca entre el Pallaresa y el Noguera que formó después el condado de Pallars, escogidos entre los que por su antigüedad y valor no tenían igual y habían quedado en Cataluña en defensa de las plazas fuertes para obstaculizar y quebrantar el ímpetu musulmán ¹⁰.

Ocupados Valencienes y Esterri y después de dejar mujeres y niños en Seo de Urgel, el ejército bajó a la llanura, y atravesando por Cataluña fueron a poner cerco a Ampurias, en donde el rigor del tiempo y la muerte de Otger acaecida en 735 obligaron a su primo, Dapifer de Moncada, que le había sucedido en el mando, a levantar el sitio y a retirarse nuevamente a Seo de Urgel.

Muerto en 741 Carlos Martel y abandonada la empresa por los francos, quedaron Dapifer con sus compañeros señores de todo el territorio de Pallars, del valle de Arán y Andorra, así como de todo el sistema montañoso en donde ya florecía la fe católica, y repartiéronse estas tierras viviendo y reinando como en país propio rescatado con su valor y sacrificio y distribuyéndose los despojos del enemigo según justicia, quedando para Dapifer de Moncada el condado de Urgel y a otros, las tierras de sus antiguas posesiones ¹¹.

¹⁰ TARAFÀ, Franc., *De origine ac rebus gestis Regum Hispaniae Liber* (Colonia, 1578), p. 664; MONTCAUT, *Hist. des Pyrenées*, t. II, pp. 49-55; BOFARULL, *Colección*, t. 9, p. 259.

¹¹ BOFARULL, *Colección*, t. 9, p. 259; SANCHIS SIVERA, *Dietari*, f. 34; LA PEÑA, *Anales*, t. I, pp. 209-12, 221-22.

Pepino, sucesor de Carlos Martel, continuó sus acciones a un tiempo contra Aquitania y contra los moros, a quienes quitó Narbona con la ayuda de los visigodos de esta ciudad, que abrieron las puertas no sin haber antes obtenido del rey la confirmación de sus leyes y de su libertad. La población romano-visigoda de la Septimania, sintiéndose feliz de verse liberada del dominio árabe, reconoció a Pepino directamente como señor, pero en las mismas condiciones hechas a Narbona. Y Pepino, reforzado así con el concurso de los pueblos de las montañas, pudo invadir la Cataluña hasta que, al ser llamado al Norte por graves sucesos, dejó prácticamente a los visigodos el régimen de la Septimania, y a los pueblos de los Pirineos orientales, el de los altos valles pirenaicos.

Al morir Pepino en 768, sucedióle Carlo Magno tanto en el reino de Francia como en la pretendida señoría de los Pirineos, en la cual más bien era considerado como un aliado que como el señor. En 778 un considerable ejército marchó hacia España, la mitad por el Pirineo oriental y la otra mitad por la Gascuña. La mayor parte del primer cuerpo de ejército estaba constituida de aliados reunidos para vengar los desastres de Provenza y de la Gotia, mientras que el segundo formábanlo los pueblos del Norte: francos, borgoñones y bávaros, cuyos caudillos eran los más famosos caballeros de la Tabla Redonda mandados por el mismo Carlo Magno. Fué este segundo cuerpo el que hubo de sufrir bajo la presión de los moros la humillación de la retirada y trágica derrota de Roncesvalles por obra de los mismos paisanos gascones de los Pirineos, celosos de su libertad también respecto a los francos ¹².

Este fracaso dió nueva dirección a la política de Carlo Magno que acabó con la lucha iniciada contra los gascones, confirmando la elección de sus jefes, e inició la fundación de ricas abadías, cuyos abades, especie de vasallos religioso-militares, debían prestar al rey franco un elemento de fuerza nunca alcanzado hasta entonces. Dió además a su ejército una rigurosa disciplina vedándole los saqueos y matanzas, que así nadie en adelante pudiese confundir a los francos y a su emperador con aquellas hordas bárbaras y sin piedad que los Merovingios y aún el mismo Pepino habían en el pasado desencadenado sobre Aquitania, contra los cuales los pueblos pirenaicos se mostraban tan ferozmente hostiles como contra los mismos musulmanes.

Una asamblea, tenida en Tolosa de todos los condes y duques

¹² BOFARULL, *Colección*, t. 9, p. 265.

de la cordillera pirenaica en 798, decidió la formación de un ejército de más de 20.000 caballeros, según Marineo Sículo, el que pasó los Pirineos y en Seo de Urgel uniéronse las fuerzas de Dapifer de Moncada y de los señores y gente de la montaña, derrotando a un fuerte ejército musulmán, matando a tres de los reyezuelos que lo mandaban, y procedió a la conquista de Cataluña, de la que Barcelona llegó a ser el baluarte de la llanura del Ebro bajo la soberanía del visigodo Bara, mientras otro visigodo, Wigiberto, después de ocupar Tortosa y Borel, tenía la misión de defender la Marca hispánica con el título de conde de Ausonia. Esta conquista de la vega del Ebro no fué tan pasajera como las precedentes. Los cristianos organizaron su ocupación con una habilidad, a la que seguramente no fué extraño el genio de Carlo Magno.

En el ordenamiento (atribuido por algunos al mismo Carlos Magno y por otros a Ludovico Pío) de Cataluña en nueve zonas administrativas, llamadas condados, a los cuales fueron jurisdiccionalmente sometidos nueve vizcondados, nueve nobilías y nueve varvesorías, si los condes y vizcondes por las atribuciones a ellos conferidas y por ser de nombramiento real, fueron elegidos entre los nobles más afectos al soberano, y por esto probablemente de entre los francos, creemos que hubiera sido sumamente impolítico por parte de Carlo Magno, que pretendía afirmar su influencia más como aliado y libertador que como conquistador, no reconocer la influencia y el poder de los ricos hombres conspicuos por sus posesiones y valor y, en verdad, soberanos electivos de los valles, cuyo poder emanaba de una tradición que remontaba en sus orígenes al tiempo de los galos y, además, había sido respetada y mantenida por los romanos y visigodos y se había consolidado cada vez más cuando estos representantes de la antigua originaria nobleza catalana habían defendido, sin ayuda alguna, la libertad propia y la de sus pueblos contra los musulmanes.

Por esto los nobles y los varvesores feudatarios menores (*vassi dominici*) de los primeros, fueron seguramente llamados y elegidos entre los señores de estas tierras y sólo se les requirió un acto formal de vasallaje para comprometerlos a una colaboración militar contra el enemigo común, dejándoles, en lo demás, totalmente libres e independientes. Esta opinión va sufragada por el hecho de que en la organización política, administrativa y judicial de los pueblos pirenaicos el señor debía presentarse personalmente en todos los valles libres a prestar primero el juramento de guardar las libertades, derechos y costumbres para recibir después, a su vez,

el juramento de fidelidad. El mismo Ludovico Pío, según declaración suya, prestó juramento en esta forma y confirmó que los pueblos de Cataluña se le habían entregado libremente y él, reconocía y se empeñaba en conservar las antiguas instituciones.

En esta originaria forma de feudalidad se encuentra la primera mención histórica de la estirpe de Bellera, tanto en la época de las primeras batallas contra los árabes en 743, según hemos visto, como en el ordenamiento de Carlo Magno, con el cual, en confirmación de la tesis de la posesión originaria sobre lugares y territorios de que se había señoreado en una extensión aún más vasta e importante que la de los feudos sometidos a la jurisdicción de condes y vizcondes, de los cuales dependía jurídica y feudalmente.

II. DESDE LA RECONQUISTA HASTA LAS PRIMERAS LUCHAS CONTRA LA REALEZA

Los de Bellera, pertenecientes a esta primera feudalidad como vasallos regios, toman así puesto en el ordenamiento de la época por el cual la población debía sujetarse a las órdenes de los condes al ser llamados, a acoger y respetar los señores enviados por el Rey y los vasores militares reconocidos por el monarca como legítimos feudatarios en las tierras en que estaba ya establecida su autoridad; estaban autorizados a subdividirlas en las mismas condiciones a subvesores y varvesores. En torno a los vasores o nobles (llamados *Bar* o barones en el Norte, y *rics homes* en Cataluña) venían a encuadrarse los caballeros o *milites* con su título de *Domni* o *Mossén* o *Seniores* (de ahí el prefijo *En* de esta primera, más antigua y generosa nobleza) y por debajo de éstos, los *domicelli*, o *generós* de Cataluña.

Así se desarrolla en su plenitud aquel feudalismo ya establecido de manera más vaga e imperiosa por los visigodos.

Es con estos atributos que, con otras antiquísimas familias mencionadas en el ordenamiento de la Marca hispánica por Ludovico Pío y con los nueve grandes barones descendientes de los capitanes de armas venidos con el séquito de Otger, la familia de Bellera forma parte de aquella feudalidad originaria catalana (a cuyos eventos quedará desde entonces indisolublemente atada) sólidamente plantada al este de los Pirineos, al lado de la realeza

¹³ Véase lo indicado en la precedente nota 3 y también: SORRE, Max., *Les Pyrénées méditerranéennes* (París, 1913) para las noticias sobre las razas originarias del Pirineo.

asturiana establecida en el otro extremo de la cordillera, partícipe de uno de los tres centros de acción (dos de los cuales ostentan el título de reino), que hacen frente a los musulmanes desde los Pirineos: Alfonso de Oviedo, en el ala derecha; Ximénez de Sobrarbe, en el centro, y la oligarquía catalana, en el ala izquierda. Con ellos las dispersas fracciones del reino visigodo y de la nacionalidad ibero-cantábrica brotarán de nuevo del viejo tronco quebrado por los árabes.

Les bêtes fauves sorties des montagnes du Djouf (du nord), comme dit Conde, ne devaient plus être refoulées dans leur repaire ¹⁴.

Los centros de la montaña, seguros ya de la conquista de los valles de la llanura, terminado el período de las destrucciones extranjeras, inician una nueva era. Estos montañeses independientes podrán organizarse políticamente y veremos establecerse entre la verdadera soberanía, ya en forma de reinos, ya de repúblicas.

La féodalité elle même — según dirán — y apparaîtra sous un jour nouveau, non plus comme la dominatrice de populations demi-esclaves, mais comme chargée de protéger les libertés et les forts nationaux contre les entreprises de l'Espagne et de la France ¹⁵.

Así en medio de las manifestaciones de independencia de los señores de las montañas de sangre godo-romana y a pesar de las luchas que, fomentadas por los reyes francos, surgirán por largo tiempo entre unas y otros las más importantes familias, veremos estrecharse los lazos de mutuo socorro entre los pueblos de los Pirineos contra los enemigos comunes, tanto del Norte como del Sur. Cuando las terribles invasiones normandas al norte de Francia aceleraron el fin de la influencia germánica en los Pirineos, la reconquistada independencia tuvo por resultado el restablecimiento de los antiguos habitantes, sea visigodos sea gascones, en las posiciones oficiales momentáneamente ocupadas por los delegados de los reyes carolingios ¹⁶, y esto, principalmente, en los más altos cargos ocupados por los condes, mientras que los ricos hombres, en su calidad de representantes elegidos por voluntad de las poblaciones mantuvieron, con sus posesiones, su señorío.

En efecto, en los orígenes de la feudalidad hubo en realidad

¹⁴ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. II, pp. 49-55.

¹⁵ *Ibidem*, t. II, p. 152.

¹⁶ *Ibidem*.

selección electiva de los más sobresalientes, fuertes y ricos individuos para los puestos de mando de las verdaderas pequeñas repúblicas pirenaicas¹⁷ constituidas en aquellas comarcas trazadas por la misma naturaleza en forma de valles, en las cuales primeramente se habían refugiado los galos administrándose por medio de municipios electivos, respetados después por los romanos, los visigodos y por los mismos francos, quienes sólo habían sustituido por el nombramiento imperial de los jefes políticos: los condes, la selección electiva¹⁸. Pero siempre los pueblos se tomaron garantías de sus propios soberanos, a ejemplo de los aragoneses que opusieron a su rey el famoso «si no, no», principio éste repetido después en todas las cartas de franquicia de los pueblos pirenaicos¹⁹.

Por esta razón, los hijos sucederán al padre no como sus herederos legales y obligados, sino más bien como los más dignos por su bravura, por su fuerza, por su elocuencia, así que el poder no pasaba siempre al mayor de los hijos, sino a aquel que entre ellos lograba ganar el favor del público por sus cualidades²⁰. Sólo cuando con Luis el Bueno se estableció el principio de la herencia en los feudos²¹, y este derecho hereditario confirmó en una familia el poder feudal, entramos en la grande época de los hereditarios y este nuevo derecho sustituirá por la política de familia la de la nación y exaltará el orgullo individual sobre los pedazos del sistema representativo de los municipios²².

Sin embargo, este hecho histórico, verdadera revolución política de los más interesantes resultados, por la cual cada condado, cada feudo llegarán a constituir estados teniendo vida autónoma y propia aun en los acontecimientos comunes impuestos por la historia, no fué una imposición externa de los dominadores francos, sino más bien producto espontáneo de las circunstancias que la necesidad de organizar por todas partes el orden y la resistencia, y de poner término a las incesantes invasiones y a los tumultos de la población continuados por no menos de cinco siglos, actuó a través de la asociación de los jefes primeramente elegidos que quisieron, con la ley de la obediencia y de la dependencia, suplir la dirección regular de lo alto, que vino a faltar a consecuencia de la caída del reino visigodo.

¹⁷ Ibidem, pp. 256-57.

¹⁸ Ibidem, p. 256.

¹⁹ Ibidem, p. 152.

²⁰ Ibidem, p. 256.

²¹ Ibidem, pp. 130-34.

²² Ibidem.

Como reflejo de esta organización, las familias que participaron en este poder feudal, comprendiendo la gran potencia del nombre patronímico, se dieron el privilegio de transmitir a sus hijos esta personificación casi inmortal de la familia y el nombre, las más de las veces, se tomó de la posición de los castillos macizos, verdaderos torreones cuadrados y gigantescos que a menudo ha respetado el tiempo²³. La piedra unida al cemento romano, cuyo secrete todavía no se había perdido, formó estos colosos imperecederos en que vivieron los primeros señores de Cataluña, castillos emplazados en las montañas, en las peñas o en lugares ásperos y salvajes adecuados para la defensa y destinados a cerrar el paso de los Pirineos tanto a los sarracenos como a los francos²⁴. Esto explica como se vean comúnmente aun en los nombres patronímicos de la más antigua feudalidad las raíces, *mont*, *munt*, *roc*, *roca*, *castet*, *castel*, *port*, *bet* o *bel*²⁵.

También los mismos nombres de pila, que hallaremos junto a los nombres de familia, revelan particulares características: la clara diferencia de raza, de origen, de costumbres que separa la feudalidad romano-visigoda de la gascona, hecha aún más profunda por la ocupación por parte de los musulmanes de las plazas fuertes de los Pirineos centrales que hicieron prácticamente nulas las relaciones entre aragoneses y navarros con los catalanes, hace ostensible también en el lenguaje la línea de demarcación. Así en los descendientes de romano-visigodos encontraremos que prevalecen los nombres de Ramón, Oliva, Guifred, Wifredo, Gofredo, Cabreta, Berenguer, Borrell, Guillermo, Guillén, mientras que entre los descendientes gascones son estos nombres del todo desconocidos y reemplazados por los de García, Sánchez, Ramiro, Lope, Centulfo, Aznar, Arnaldo, Gastón, etc.²⁶

De esta manera la clase feudal asumirá características cada vez más precisas y atribuciones más definidas que cristalizarán con el proceso hereditario, y veremos a los más importantes señores, como Wandrille, que en los primeros años del siglo IX ejerció considerable autoridad en las comarcas montañosas de Urgel y de Jaca, en donde fundó el monasterio de Alaón, reunir en torno a sí los más influyentes de los ricos hombres de estos valles y fijar en la Carta a la nueva abadía el origen y los derechos de la mayor

²³ MONTCAUT, t. II, pp. 105 y 256-57.

²⁴ Ibidem, t. V, p. 373.

²⁵ Ibidem, t. III, p. 488.

²⁶ Ibidem, t. II, p. 205.

parte de señores de estas comarcas²⁷ y, como Ramón Berenguer, conde de Barcelona, confirma asimismo las leyes y franquicias de sus pueblos y, en la primera reunión de Cortes, establecer que la nueva Carta venía a confirmar los poderes de los condes, vizcondes, nobles, varvesores, vegueres y bailes, dados por Ludovico Pío²⁸, como ratificación de la continuidad de la influencia ejercida por la clase feudal con su poder territorial y militar y con el prestigio que deriva de la herencia.

Al lado del poder feudal otro importante elemento llegará a tener igual fuerza en el engranaje político de la sociedad naciente: el espíritu religioso y del clero que será su representante. Y también aquí la feudalidad encontrará manera de fortalecer sus poderes de casta y de agrandar su influencia. Los obispados y las abadías llegarán a ser emolumentos de las familias condales y baroniles, de suerte que mientras el hijo mayor heredará el cetro temporal del padre, uno de los segundones subirá a la cátedra abacial o del obispado; de esta manera el poder de la mitra unido al de la espada completará el poderío de las familias señoriales acoplando en ellas los dos elementos más importantes de la sociedad del tiempo²⁹, y estos familiares cada vez más ligados por vínculos de raza y de sentimientos, cimentados por los de la sangre, creados por los continuos cruzamientos matrimoniales entre sus miembros, no cesarán de proseguir sus conquistas sobre los árabes, y aún sobre los mismos francos, cuando su poderío empezará a debilitarse.

La primera defensa de la cristiandad hecha por los señores y los pueblos del Pirineo y los éxitos del levantamiento contra el Islam iniciado desde aquí para la independencia de España, unidos a los conseguidos entre tanto por los normandos en Sicilia y por los genoveses y pisanos en la Cerdeña en alianza con los españoles de Baleares, permitieron que la Iglesia y los soberanos cristianos concibiesen el proyecto de una lucha con la cual pudiesen detener los progresos del Islam y rescatarle los lugares que habían sido testigos de la pasión de Jesús y en donde se custodiaba el Santo Sepulcro venerado del todo el orbe cristiano³⁰.

Mientras la nobleza francesa, las repúblicas marineras italianas y los pueblos y señores de toda Europa se inflamaban en santo

²⁷ Ibidem, pp. 130-34.

²⁸ Ibidem, t. III, p. 9.

²⁹ Ibidem, t. II, p. 254 y t. III, pp. 486-89.

³⁰ CINTI, Decio, *Storia universale illustrata dalle prime civiltà al 1925* (Milán, 1925), vol. I, p. 730.

celo por la Cruzada pregonada por el romano pontífice, en España el mismo celo, unido a las ansias de rescatar la propia patria de la dominación árabe, hizo multiplicar los esfuerzos nunca interrumpidos para rechazar cada vez más atrás a los invasores y quitarles las tierras usurpadas ³¹.

En todo este proceso histórico, entre la flor de aquella antigua nobleza antiquísima que tuvo sus raíces y feudos en los altos valles del Pirineo y que de antiguo había preferido el destierro en estos ásperos montes antes que renegar su fe sometiéndose al invasor islámico, no podían faltar los miembros de la familia de Bellera.

Así cuando en 1148-49 don Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona quiso dar la batalla para llevar a cabo la liberación de toda Cataluña de los enemigos que seguían molestandola, llamando para esto a todos sus aliados, entre los más importantes de éstos hallamos a don Armengol de Castilla, IX conde de Urgel, y entre los caballeros que con él y con el de Pallars se distinguieron en esta conquista vemos mencionados a Guillén de Bellera y Ferrer de Bellera, que formaban parte de aquel poderoso ejército, que liberó victorioso del poder de los moros las ciudades de Lérida, Fraga, Mequinenza, Alguayre, Albesa, Almenara, Algerri y Alfarrás ³².

Otro Guillén de Bellera es mencionado entre los que más se distinguieron en el séquito de Pedro de Aragón y Cataluña en la batalla de las Navas de Tolosa, sostenida por los tres reyes de Castilla, Navarra y Aragón unidos contra un ejército de 160.000 musulmanes el día 16 de julio de 1212, batalla resuelta en una gran victoria de las armas cristianas que los llevó a ocupar Valencia, Vélez, Ferrol, Baños, Tolosa, Baeza, Úbeda, y en la cual participó la más alta nobleza de Cataluña y señaló el principio de la definitiva derrota de los moros en España ³³.

Tampoco estuvo ausente Guillén de Bellera de la lucha que la cruzada contra los albigenses había abierto con el fraudulento fin de reducir, amparándose en la religión y a beneficio de los francos, la libertad y los feudos de los señores de la vertiente norte de los Pirineos; cruzada de la que fué nefasto animador Simón

³¹ GENTI, *Storia universale*, I, p. 746.

³² LA PEÑA, *Anales*, t. I, pp. 352-55; BOFARULL, *Colección*, t. 9, pp. 384-85; PIFERRER, *Nobiliario de los reinos y señoríos de España* (Madrid, 1856), t. I, p. 95.

³³ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. III, pp. 108-09; LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 24-26; FEBRER, *Trobes*, p. 55.

de Monfort³⁴. En el 1213 encontramos a nuestro Guillén luchando en esta guerra al lado de Pedro I, padre de Jaime el Conquistador³⁵.

En 1233 el mismo (o quizás otro) Guillén de Bellera participa con el rey Jaime I en la conquista del Puig de Valencia, al ser batidos los moros que debieron retirarse a Denia, y es recompensado con posesiones y honores por el rey Pedro y por su hijo Jaime el Conquistador³⁶, ostentando él, como emblema de la familia, un escudo de oro con cuatro cabras de rojo con collar azul y campanilla de plata, una en cada ángulo³⁷, quizás en recuerdo de la cabra roja del emblema de los cruzados³⁸, o bien emblema de su rupestre mansión.

Es ésta una variante del escudo originario de la familia que consistía en un cabrón de rojo en pal, con collar, campanas y armado de azul en campo de oro³⁹. De este Guillén de Bellera cantarán también los trovadores⁴⁰.

Pero mientras se desarrollaba la lucha contra los árabes por la liberación de las tierras de España, los nobles que habían alcanzado el rango de reyes dirigían paralelamente otra batalla para desposeer a la vieja feudalidad de los privilegios y libertad en virtud de los cuales ésa se consideraba libre de sujeción a quienquiera y tenía el derecho de guerra aún contra los príncipes y condes sin incurrir en felonía con tal que antes hubiesen restituido los feudos recibidos graciosamente de aquellos contra quienes emprendían la guerra, pero manteniendo el dominio de los feudos originarios que les pertenecían por derecho propio o de los pueblos que espontáneamente se habían entregado a ellos en defensa común y salvaguardia de las propias libertades de casa a los moros, francos o extranjeros⁴¹.

³⁴ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. III, p. 108.

³⁵ FEBRER, *Trobes*, p. 95; LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 26.

³⁶ PIFERRER, *Nobiliario*, t. I, p. 95; CARRAFFA, Alb. García, *Encyclopedia heráldica y genealógica hispano-americana*, t. XV, p. 169.

³⁷ PIFERRER, *Nobiliario*, t. I, p. 95; FEBRER, *Trobes*, p. 55; ZURITA, Ger., *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1610), f. 178; CARRAFFA, *Encyclopedia*, p. 169: escudo 595; RIETSTAP, J. B., *Armorial général précédé d'un dictionnaire des termes du Blason* (París, 1904), lám. CLXIX B, letra A.

³⁸ MICHAUD, J. F., *Storia delle Crociate* (Florencia, 1842), vol. II, pp. 83-84.

³⁹ TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04; RIETSTAP, *Armorial*, lám. CLXIX, letra B; CARRAFFA, *Encyclopedia*, t. XV, p. 169, esc. 594; FEBRER, *Trobes*, p. 55; GARMA, *Adarga*, vol. II, p. 218; DOMÈNECH Y ROURA, F., *Nobiliari general català de llinatges* (Barcelona, 1925), vol. I, lám. LIV; MESTRE, B., *Armas de algunas familias de Cataluña, Fransa e Italia*: manuscrito Bibl. Central Barcelona, f. 20v.

⁴⁰ FEBRER, *Trobes*, troba LXXXV.

⁴¹ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. II, pp. 486-87.

De hecho, en efecto, con Otger, los nueve barones y las grandes familias, verdaderas soberanías electivas de las tierras de Cataluña, en los Pirineos catalanes la nobleza había precedido en el poder a los condes y reyes.

De ahí su oposición a aceptar la superioridad del rey y sus luchas y la misma guerra contra los mismos reyes para defender sus libertades, sus derechos, prerrogativas y privilegios; lucha particularmente viva en el Pirineo, y cada vez más compleja al mezclarse las contiendas entre los mismos señores ⁴².

Las primeras escaramuzas empiezan ya con Pedro II de Aragón. La feudalidad catalana y aragonesa, según va dicho, tenía en sus orígenes la audacia de luchar contra el rey: sus inmensas riquezas y prerrogativas les daban este poder. Dueña de la mayor parte de los feudos y de sus recursos, toda la fuerza militar estaba en sus manos, por tener enteramente sometida a sí la institución de la caballería. Los ricos hombres no descuidaban ocasión alguna para hacer sentir al rey el peso de su influencia. Últimamente habían seguido ellos el partido de doña Sancha en su discordia con el hijo y Pedro II estaba impaciente para tomar venganza ⁴³. Para alcanzar su objetivo se propuso quebrantar la homogeneidad de la clase feudal. Distribuyó varias feudos a los «caballeros» dejando a los ricos hombres la administración de la justicia menor de todos los feudos, con tal que se comprometiesen a seguirlo en todas sus expediciones militares ⁴⁴, como, por lo demás, le convenía.

Muerto Pedro II en 1213, fué proseguida por Jaime I la lucha contra la prepotencia de la nobleza feudal. Una prueba de esta continuidad de acción que tendía a asegurar la sujeción de la nobleza catalana la encontramos en una carta de este último rey, de 15 de marzo 1260, de convocatoria a los nobles de Cataluña y Aragón, y entre ellos a Guillén de Bellera, feudatario, para que acudiesen a Cervera el día de la próxima Pascua de Resurrección con soldados y armas a prestarle fidelidad ⁴⁵.

Pero la lucha abierta sólo se declara en el sucesor Pedro III. En 1278 no había tenido lugar el casamiento discutido entre la hija del conde de Foix y el hijo del rey de Aragón, y el conde se fué a Perpiñán a encontrarse con el rey de Mallorca, su cuñado, como esposo de su hermana Esclarmunda. Dicho rey de Mallorca estaba entonces en pugna con su hermano el rey de Aragón, a

⁴² MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, II, pp. 401-03.

⁴³ *Ibidem*, p. 403.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 404-05.

⁴⁵ BOFARULL, *Colección*, t. VI, p. 146.

causa del vasallaje que éste pretendía sobre él y sus estados, y los dos hermanos, después del encuentro, se habían separado aún en mayor desacuerdo.

El conde de Foix tomó pretexto de ello para conjurarse con los más grandes señores del principado de Cataluña y presentar al monarca sus quejas y demandas consistentes, según se dice, en cuatro puntos principales, esto es: convocatoria de Cortes generales; confirmación de los privilegios y libertades; recusación de las peticiones de servicios requeridas por el rey, y, en fin, confirmación de la exención de alodio para sus bienes, como la tenían de antiguo. A este fin enviaron al rey sus embajadores, que los rechazó. A causa de esta negativa se unieron al conde de Foix, don Armengol de Cabrera, XVI conde de Urgel y su hermano Álvaro, el conde de Pallars, el vizconde de Cardona, Guillén de Bellera y otros nobles señores catalanes y enviaron al monarca sus embajadores con cartas de desafío selladas con los sellos del de Foix y los más grandes entre ellos. La respuesta del rey fué que, aunque tenía por no intimado su desafío, con todo, por razones de justicia estaba dispuesto a tratar con ellos sobre sus requerimientos y pretensiones, ofreciéndoles desgravarlos de las cargas impuestas. Los señores, que se sentían fuertes, no tuvieron en consideración la respuesta y evasiva del rey y éste, indignado, rompió la paz y tregua con ellos pretextando que antes la habían roto ellos ⁴⁶.

En efecto, Pedro II de Aragón y Jaime I de Mallorca, si bien habían iniciado entre ellos una lucha que había de poner la división entre los dos hermanos hasta la total destrucción del reino mallorquín, habían convenido que en el Rosellón tendría vigencia tanto la Constitución de Cataluña como la moneda de Barcelona, y que las Cortes se reunirían en Cataluña sobre todo con vistas a la defensa común contra las miras agresivas de Felipe el Atrevido, de Francia. Era obvio que este tratado tan hábilmente concluído había de ser mal visto por el conde de Foix, el cual se aprovechó de la discordia latente entre el rey y los principales señores de los feudos montañeses, para renovar la liga con los señores de Pallars, de Vilamur y de Cardona que establecieron su cuartel general en Balaguer, cuyo formidable castillo cerraba toda comunicación entre Aragón y Cataluña ⁴⁷. Así se decidieron los señores a buscar la defensa de sus privilegios en las armas.

⁴⁶ Ibidem, t. X, pp. 24-5; TOMIC, Pere, *Historias e conquestas dels excellents e cathòlics Reys de Aragó* (Barcelona, 1886), p. 174.

⁴⁷ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. III, p. 255.

El vizconde de Cardona logró bajar con su gente armada hasta las puertas de Barcelona, pero mientras emprendía el regreso, cargado de botín, atacáronle los barceloneses al mando de Gombaldo de Benavent, su veguer, y lo derrotaron, rescatando todo el botín y lo hubiesen aniquilado totalmente si le hubiesen seguido pasando el Llobregat.

El rey Pedro III, dudoso aún entretanto, si resolver el conflicto por la fuerza de las armas o con un acuerdo, pasó con su ejército a Lérida y de aquí inició el ataque a Balaguer⁴⁸, ayudado en ello por su hermano el rey de Mallorca, que fiel al tratado concluso, le prestó esta ayuda en el asedio de aquella plaza fuerte⁴⁹.

El frustrado socorro de los señores vecinos obligó a los aliados encastillados en Balaguer a fiarse en la palabra de clemencia del rey, quien después de enviar al Conde Bernardo Roger de Foix, por ser el más culpable, prisionero al castillo de Ciurana, entregó los demás al príncipe Alfonso que los guardase en Lérida hasta la conclusión de las paces. Como consecuencia de éstas los nobles aliados debieron entregar al rey sus castillos y ciudades, reconociéndosele concordemente como feudatario y, desde entonces, pasaron a ser soberano el uno y vasallos los otros que antes se habían considerado iguales. Entre los principales que se rindieron así al monarca, se hace mención de Roger Bernardo de Moncada, conde de Foix; Armengol, conde de Urgel y sus hermanos Álvaro y Ramón; Arnaldo Roger de Pallars; Ramón Folch, vizconde de Cardona; el vizconde de Vilamur, Ponce de Ribelles, Ramón de Anglesola; Pedro de Moncada, Berenguer de Puigvert, Guerao Alemany de Cervellón, Bernardo Roger de Eril, Ugo de Torroja, Guillén Ramón de Josa, Jaime de Peramola, Guerao y Berenguer de Espés, Gispert de Guimerá, Guillermo de Bellera, Ponce de Zacosta, Ramón de Bocadós y otros menores⁵⁰.

Éste fué el golpe de gracia contra la defensa de las prerrogativas soberanas y de los privilegios de la antigua nobleza catalana en su lucha contra la realeza. Desde entonces ésta procurará siempre más y más consolidar la propia supremacía y poder, dando lugar a un cambio profundo en la composición de las clases sociales de Cataluña. Mientras que en el siglo XII podían aún contarse nueve clases de personas: soberanos, señores, vasallos, ciudadanos libres, magistrados electivos, burgueses, dueños de alodios,

⁴⁸ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 74-75.

⁴⁹ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. III, pp. 255-56.

⁵⁰ LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 80; CARRERAS CANDI, *Geografía. Lleyda*, pp. 852-55.

siervos y viandantes, en el curso de los siglos XIII y XIV el número de las clases viene elevado a once, al establecerse las cortes de justicia permanentes y crearse el brazo u orden militar.

Estas instituciones fueron consecuencia forzada una de otra y en realidad no otra cosa que una modificación introducida en la unificación de la nobleza. En efecto, hasta entonces cada noble, cada vasallo o señor era miembro de una clase homogénea que poseía el territorio, llevaba la espada y administraba la justicia. Bajo los esfuerzos de la realeza quebróse esta trinidad de poderes, y la nobleza sufriendo un desmembramiento fatal, fué dividida en nobleza de sangre, nobleza de toga y nobleza de guerra. La primera siguió teniendo las tierras y conservó la influencia inherente al poder territorial y al prestigio de la herencia; la segunda creada por los pueblos y los estados, tuvo la misión de sustraer a los pueblos de la justicia feudal, y la tercera, creada por los reyes por interés personal, la de quitar a la nobleza feudal parte de su potencia militar ⁵¹.

Este proceso, iniciado en el período precedentemente indicado, se desarrolló gradualmente y no sin resistencias y fatigas, porque los reyes, aunque fuertes y poderosos y no obstante la ayuda de los antiguos nobles que aceptaron el nuevo estado de cosas (así veremos que lo hizo la casa de Bellera) mal habrían podido luchar contra los intereses coaligados de la vieja feudalidad, suficientemente poderosa aun para que el rey se mostrara cauto ⁵¹.

3. DESDE LAS LUCHAS DE EXPANSIÓN DE LA REALEZA HASTA SU EXTINCIÓN

Desde ahora, en cuanto a la fidelidad jurada a la Corona, ya no habrá acontecimiento alguno en la historia del reino catalano-aragonés, en el cual, entre otras personalidades, no haya de ser nombrado algún miembro de la estirpe de los Bellera; de la cual muchos se distinguieron por su particular valor y competencia militar, manteniendo así las antiguas tradiciones de los primeros Bellera establecidas con las valientes campañas contra los musulmanes en defensa de la fe y para la liberación de la patria.

Por esto, emprendida por Pedro III de Aragón la campaña de Sicilia en apoyo de las Vísperas Sicilianas contra los Anjou, en el

⁵¹ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. III, pp. 486-87.

⁵² *Ibidem*.

desafío entre el mismo rey aragonés y Carlos I de aquella casa francesa en 26 diciembre de 1283, vemos a los mayores exponentes de la rancia nobleza catalana entre los cuarenta caballeros que por la parte catalano-siciliana se hicieron garantes de la palabra del rey⁵³, y así pudo decir Amari: «E come era costume, chiamandosi a guarantigia de re, i veri arbitri dello stato: quaranta per ciascuna parte de'primari baroni e capitani giurarono sul sacro libro, che legalmente e di buona fede, secondo il loro potere, procaccerebbero la osservanza di que' patti; chè se li lor principe fallasse, nol guarderebbero più in faccia, nè gli presterebbero più aiuto alcuno nè di braccia nè di consiglio»⁵⁴. Entre estos cuarenta «milites» estaba Guillén de Bellera⁵⁵, que había seguido al rey con otros más grandes nobles en esta expedición a Italia, la primera de las que vieron la magnífica expansión de la nación catalanoaragonesa en el Mediterráneo, y esto porque el rey de mala gana hubiera visto quedar en Cataluña la flor de la nobleza feudal que poco antes había dado pruebas de no querer sufrir sus pretensiones de soberanía.

En ocasión de estas empresas de Italia, ramas probablemente segundonas de esta familia Bellera, según se cree, dieron origen a las itálicas en Malta y Florencia desgajadas de la estirpe de la misma.

En 1284 las tropas catalanas a las órdenes de Roger de Lauria procedían a la ocupación de la isla de Malta y al establecimiento de una guarnición de nobles y tropa en la misma. La presencia indudable en esta conquista de miembros de la estirpe de Bellera hace que años después en 1407 encontremos un Juan Bellera ejerciendo el cargo de jurado en la isla; en 1431, 1435, 1439, 1441 y 1453, un Antonio; en 1429 y 1424, un Pablo que después, en 1438, es enviado como embajador al virrey de Sicilia. Otro Pablo ejerce la juraduría en 1453, 1457, 1467, 1470, 1476, y Abela, al hablar de esta familia, le atribuye nacionalidad aragonesa-catalana⁵⁶.

⁵³ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 83-88; MARCA, *Marca hisp.*, pp. 58-187; LÜNIG, Joh. Christ., *Codex Italiae diplomaticus* (Frankfurt, 1726), t. II, pp. 986-94; DESCLOT, Bernardo, *Cronaca del Re Don Pietro e dei suoi antecessori*. Cronache catalane, sec. XII-XIV (Florencia, 1844), p. 489; ZURITA, *Anales*, ed. cit., vol. I, pp. 252-54.

⁵⁴ AMARI, Michele, *La Guerra del Vespro Siciliano* (Milán, 1866), vol. I, páginas 338-39.

⁵⁵ LÜNIG, *Codex*, pp. 986-94; MARCA, *Marca hisp.*, pp. 581-87; ZURITA, *Anales*, vol. I, pp. 252-54; DESCLOT, *Cronaca*, p. 849.

⁵⁶ ZURITA, *Anales*, vol. I, pp. 270-71; DI CROLLALANZA, G. B., *Dizionario storico blasonico* (Pisa, 1886), p. 107; ABELA, Gio. Francesco, *Malta illustrata* (Malta, 1647), pp. 422, 424-26, 428, 431-32 y 467.

Por otra parte, ya desde los primeros siglos del medioevo eran ya vivos los contactos entre españoles de una parte, y de éstos los catalanes en particular, e italianos, particularmente florentinos, de otra; relaciones que se acentuaron cuando Florencia durante los siglos XII y XIII llegó a ser, por su máximo desarrollo y potencia económica, un indudable centro de atracción para el mundo de esa época⁵⁷. Además, fué particularmente viva la presencia, en la batalla de las Visperas sicilianas, de los florentinos, de los que nos dan muchas noticias tanto Amari como Villani que refieren, por ejemplo, que Carlos de Anjou había trabajado mucho para reunir las milicias feudales y que a los franceses, vasallos y asalariados, la flor y nata del ejército, añadió mil sarracenos de Lucera, infantería y caballería de Florencia y otras ciudades de Lombardía y Toscana⁵⁸. Refieren, además, que el mismo Pedro de Aragón, a fin de proveer a los gastos, tomó a préstamo dinero de catalanes, patriotas sicilianos y puso como prenda en manos de un florentino vajillas de oro y plata y un anillo de oro con esmeralda⁵⁹. También nos informan, por fin, que Carlos de Anjou, levantado el sitio de Mesina, fué de tal manera molestado en su huída, que los mesineses entre otros despojos pudieron tomar a los fugitivos el pabellón grande del común de Florencia que, en voto, pusieron en la catedral⁶¹ y que después de concluída la paz entre Jaime y Carlos II de Anjou con el acuerdo de devolverle a él las ciudades del norte del estrecho y, a la Santa Sede Romana, la Sicilia y las islas cercanas, refieren que Jaime mandó que los castillos, los capitanes y todos los hombres se sometiesen, unos a Carlos, y otros, a la Iglesia, y que sus súbditos aragoneses, catalanes y mallorquines se retirasen de Sicilia, pidiendo a su madre Constanza hiciese observar estas disposiciones mientras él lo ordenaba a Federico, revocándole la designación de lugarteniente suyo en el rearme, y a Roger de Lauria, y otros nobles y capitanes⁶².

⁵⁷ Acerca los contactos entre Cataluña e Italia en general y Florencia en particular, véase también: FARINELLI, Arturo, *Italia e Spagna* (Turín, 1929); PITOLLET, Camille, *L'avara povertà di Catalogna*, en «Homenatge a Antoni Rubió i Lluch, vol. III (Barcelona, 1936), pp. 409-22; CROCE, Benedetto, *Italia e Spagna Primi contatti fra Spagna e Italia*, en «Giornale storico. Lett. Ital.» 24(1906) 203-31. Véase también: CAGGESE, Romolo, *Roberto d'Angiò e i suoi tempi* (Florencia, 1922).

⁵⁸ AMARI, *La Guerra*, vol. I, pp. 232; 243, 258 y vol. II, pp. 42 y 203; FARINELLI, *Italia e Spagna*; VILLANI, Giov., *Cronica* (Florencia, 1844-45), t. I, pp. 464-65, t. II, pp. 166.

⁵⁹ AMARI, *La Guerra*, vol. I, p. 59.

⁶⁰ Ibidem, p. 296.

⁶¹ Ibidem, p. 307.

⁶² Ibidem, vol. III, pp. 276-77.

Pero el Parlamento de Palermo, al que fueron convocados por Federico los condes, barones y síndicos en 11 diciembre de 1295, invistió al mismo Federico del señorío de la isla, y si bien algunos españoles volvieron a la patria, otros bastante numerosos quedaron en Sicilia siguiendo la fortuna de Federico y entre éstos había Ugo de Ampurias y Blasco de Alagón que había huído de la corte del rey Jaime y aún otros nobles aventureros llegarán aquí desde España a despecho de dicho rey, amparándose en el derecho público del reino de Aragón que no consentía fuese prohibido a los nobles de combatir por quien quisieren, de manera que Blasco de Alagón, animando a sus compañeros de aventura, podía recordarles que la nación aragonesa-catalana, libre más que cualquier otra, no obedecía a la voluntad del rey, sino a la justicia y razón ⁶³.

Los mismos autores narran también que ante las muchas peticiones de dinero por parte de Carlos II los ciudadanos guelfos de Italia central, que le habían hecho muchas promesas, se mostraban cansados y asimismo Florencia que por bien que más rica y guelfa que todas las demás, en 1292 ofreció muy buenas palabras en vez de dinero y en 1296 rehusó dar subsidio, prevaleciendo así al consejo del Dante Alighieri, de tal manera que Carlos el Cojo tuvo que endeudarse y comprometerse con los banqueros toscanos (particularmente con los de Bardi y de Spini), quienes se compensaban con las manipulaciones de cambios y con quitar a la corte de Nápoles los ingresos más seguros, y añaden además que después de la derrota naval de Federico, en la cual éste perdió dieciocho galeras y más de 6.000 hombres entre nobles y plebeyos, una de las galeras tomadas a los sicilianos fué entregada por el gobierno de Nápoles a Francisco Aldobrandini, de Florencia (Dipl. 20-7-1299) ⁶⁴. Señalan por fin los continuos auxilios dados por los florentinos a Carlos II, tanto por el Común de la ciudad como por las galeras tomadas a los sicilianos fué entregada por el gobierno de Nápoles a Francisco Aldobrandini, de Florencia (Dipl. 20-7-Alagón ⁶⁵, y también los auxilios que llegaban continuamente a Federico desde Cataluña, por lo cual Carlos II no descuidaba los esfuerzos para atraerse al rey Jaime, concediendo a los catalanes, que con él hubiesen luchado en Sicilia, la tierra de Agosta y la ciudad de Patti, y otorgando concesiones feudales a los nobles españoles más señalados ⁶⁶.

⁶³ AMARI, *La Guerra*, III, pp. 279 y 287.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 351 y 366, y VILLANI, *Cronica*, t. II, p. 31

⁶⁵ AMARI, vol. II, pp. 412-13.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 417.

Sea como consecuencia de los hechos de armas señalados, sea por la lucha entre Florencia y Luca cuando los florentinos llamaron por capitán al duque Roberto de Calabria hijo del primogénito de Carlos II y éste «venne in Firenze nel mese di aprile del detto anno (1305) con una masnada di trecento cavalieri aragonesi e catalani e molti mugaveri a piè, la quale fu molto bella gente, ed aveva fra loro di valenti e rinomati uomini di guerra»⁶⁷, según dice Villani en su *Cronica*, lo cierto es que desde 1334 en adelante encontramos establecida en Florencia una rama de la casa de Bellera, de la cual el primero que se menciona es Lapino del Belliera, sepultado en la iglesia de Sta. María Novella, donde las más nobles familias se preciaban de poder tener la sepultura, el 25 de abril de dicho año con el hábito de la orden dominica⁶⁸, muy ambicionado privilegio para esta época, concedido ciertamente a la nobleza de la estirpe a que pertenecía, y si bien decayó esta familia, que tuvo aquí amplia descendencia y modificó en el siglo xv, el apellido en «de' Bellieri» según el uso patronímico florentino, escaló otra vez los honores llegando a obtener la ciudadanía florentina y admitida a ejercer sus oficios, siendo por lo tanto reconocida como perteneciente a la nobleza de Florencia aun después que se había perdido la memoria de la primitiva nobleza de la línea originaria, según resulta de un documento de la Cancillería del Gran Maestro del Soberano Orden de Malta en 1840⁷⁰.

Todo esto mientras la rama primogénita, de la cual con toda probabilidad deriva la larga serie de los Bellera, con el prenombre Guillén o Guillermo continuaba en dominio del feudo hereditario y mientras otros individuos de las ramas segundonas, según las costumbres del tiempo, se dedicaban a la carrera de las armas, afiliándose a las órdenes de caballería militares, o se ofrecían a la religión, entrando en las órdenes religiosas españolas.

Entre estos últimos es digno de particular mención fray Pedro de Bellera, probablemente del siglo xiii, que figura entre los tenidos por insignes en santidad en la orden de Predicadores y del cual existe una pintura en la capilla de don Onofre de Homs

⁶⁷ VILLANI, *Cronica*, pp. 113-14.

⁶⁸ FINESCHI, Vincenzo, *Memorie sopra il cimitero antico della chiesa di S. Maria Novella in Firenze* (Florencia, 1787), p. 11.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 19.

⁷⁰ BERTINI FRASSONI, Conte Gr. Uf. Carlo Augusto, *Il Sovrano Ordine di S. Giovanni di Gerusalemme detto di Malta* (Roma, 1929), p. 257. Véase también: *Descrittione, dei fuochi e delle persone della, città di Firenze et di tutto lo Stato et Dominio di S. A. S. fatta l'anno 1632.*

de la iglesia del convento de Dominicos de Perpiñán, en la cual Fray Pedro viene representado enfermo en su celda y visitado en visión por Santa Úrsula con el cortejo de las once mil vírgenes⁷¹. Según la tradición del Convento, se quiere que dicho Fray Pedro en vida, en tiempo que no se menciona con precisión, por conservarse sólo oralmente de muy antiguo la noticia, mejoró mucho la iglesia, edificándose parte bajo su dirección⁷².

En 1298 Guillén de Bellera, probablemente el mismo que hemos visto como firmante y garante de la convención de desafío entre Pedro III de Aragón y Carlos I de Anjou, es mencionado entre los principales nobles y caballeros que acompañaron al rey Jaime I cuando, concluida la paz con Francia, se embarcó en Barcelona con un séquito de ochenta galeras y muchas naves y tomó puerto en Ostia, para ir a Roma y tributar homenaje al Romano Pontífice, y de ahí a Nápoles, para visitar la madre y la esposa y concertarse con Carlos de Anjou y los que estuvieron a su servicio en las guerras por éste emprendidas⁷³.

Durante el mismo período, expresión de los frecuentes vínculos de sangre entre las familias de la antigua nobleza creados por los casamientos, hallamos a Nacart de Mur que tomó por esposa a la hija del citado don Guillén de Bellera⁷⁴, mientras que el hijo de éste, Bernardo Galcerán de Bellera siguió al rey Pedro en la reconquista de la isla de Cerdeña que se había rebelado⁷⁵. El mismo Galcerán de Bellera aparece el 22 de julio de 1319 entre los primeros caballeros llamados a vestir el hábito de la Orden de Calatrava, llamada de Montesa, fundado por Jaime II en ejecución de una bula pontificia, siendo concedido a dicha Orden el régimen de la ciudad de Montesa y Vallada por parte del rey y nombrado Gran Maestre Fray Gonzalo Gómez por el Pontífice. La vestición de los nuevos templarios tuvo lugar en la capilla real de Barcelona en presencia del rey y los nuevos caballeros que, además, de Galcerán de Bellera, fueron Guillén de Eril y Grimaldo de Artolas, que según se dice pertenecían antes a la Orden de San Juan de Jerusalén y que eran de los más principales caballeros del principado⁷⁶. La nueva Orden, que estaba entroncada

⁷¹ DIAGO, Francisco, *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores* (Barcelona, 1599), p. 256.

⁷² *Ibidem*, p. 277.

⁷³ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 130-36.

⁷⁴ TOMIC, *Historias*, p. 188.

⁷⁵ TARAFÁ, *Cronica*, pp. 202-04.

⁷⁶ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 172-73; PIFERRER, *Nobiliario*, t. I, p. 95.

con la antigua de Calatrava fundada por Sancho II en 1158 para la defensa de la ciudad de su nombre contra los moros (ciudad después de abandonada por los Templarios) dada a los de Montesa debía sucesivamente unirse en 1339 a la Orden de San Jorge de Alfama, y dar gran lustre a la ciudad de Barcelona ⁷⁷.

Al regreso de la campaña de Cerdeña murió Bernardo Galcerán de Bellera y le sucedió su hijo Juan de Bellera, que casó con la hermana de Pedro Galcerán de Pinós ⁷⁸. De éste se refiere que antes, en tiempo del rey Pedro, había estado en guerra con el conde de Pallars a causa de las disenciones surgidas acerca jurisdicción de tierras ⁷⁹, después, ya reconciliados, vino a morir dejando como sucesor a su hijo en la baronía ⁸⁰.

En este mismo tiempo Guillén de Bellera va mencionado entre los más importantes personajes del reino que en 1319 participan en el recibimiento solemne, organizado en Barcelona por Jaime II, de la reliquia del brazo de Santa Tecla que había sido pedida a Armenia por medio de una embajada, y en la solemnísima procesión que a continuación tuvo lugar en la ciudad, en la cual después del arzobispo de Tarragona seguía la venerada reliquia con el rey mismo acompañado de los principales barones, entre ellos el de Bellera ⁸¹.

Este último figura también como enviado en 1325 por Jaime II, junto con otros nobles catalanes y aragoneses, en ayuda del infante en la empresa acordada por las Cortes generales de Barcelona para la conquista de Cerdeña y Córcega, en alianza con los florentinos y contra los pisanos, esto por haber tenido noticia de que estos últimos estaban armando galeras con alemanes y gente toscana a caballo en previsión de la defensa de aquella primera isla ⁸², viniendo aquí mencionado el mismo Guillén de Bellera entre los que se distinguieron en dicha empresa cuando, en el séquito del rey, pasaron con la armada de Cataluña y con los socorros de Mallorca y Valencia a Port Fangós y de aquí a Cerdeña ⁸³.

En 1342 probablemente otro Guillén de Bellera aparece como enviado por el infante Jaime a regir las veguerías de Ripoll, Berga y otros lugares, y a ocupar la Cerdaña en las operaciones que en-

⁷⁷ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. II, p. VI, cap. III.

⁷⁸ TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04.

⁷⁹ *Ibidem*.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ DOMÈNECH, Ant. Vicente, *Historia general de los Santos y Varones ilustres en santidad del Principado de Cataluña* (Gerona, 1630), pp. 107-08.

⁸² ZURITA, *Anales*, t. II, p. 51; TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04.

⁸³ TOMIC, *Historias*, p. 209; TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04.

tonces se desarrollaban contra el rey de Mallorca. En esta ocasión el citado don Guillén junto con Arnaldo de Eril, dió pruebas de grande habilidad estratégica, de gran capitán de armas y de gran valor y valentía en la ocupación de la plaza fuerte de las Cuevas, a la entrada del valle de Ribas⁸⁴.

A continuación el mismo don Guillén, el 28 de julio de 1343, en unión de Mosén Miguel de Bellera (a menos que no se trate de una misma persona de la cual una fuente dé una grafía equivocada) forma parte del séquito del rey Pedro IV, cuando éste, después de negar el salvoconducto por la negociación de rendición que el rey de Mallorca le pedía, salió de Figueras para la Junquera hacia el Rosellón con un ejército de 1.200 caballeros, además de los nobles más señalados⁸⁵. En 14 de mayo de 1343 el citado don Guillén es mencionado como uno de la vanguardia del mismo Pedro IV en el paso del collado de Panisars⁸⁶, y de la misma vanguardia sigue formando parte el 19 julio del mismo año al entrar el ejército en Rosellón, y en la conquista de Canet y otros lugares. Todavía en el mismo 1343 es nombrado entre los hombres que formaron un consejo de guerra convocado por el monarca después de la rendición del rey de Mallorca, consejo en que se iba a decidir cómo debía ser recibido el regio prisionero, hasta que el 25 de agosto del año siguiente, después de la unión de los condados de Rosellón y Cerdaña al de Barcelona, Pedro IV salió de Perpiñán no sin haber nombrado antes gobernador de las dos provincias al tantas veces citado Guillén de Bellera⁸⁷.

La guerra contra el rey de Mallorca se acercaba a su fatal desenlace, y la última tentativa de este rey en 1344 para la reconquista de sus estados encuentra la pronta reacción de las fuerzas de Pedro IV que acude a la defensa del castillo de Livia y en ella interviene con su gente el gobernador de Rosellón y Cerdaña, Guillén de Bellera⁸⁸, quien sobresale en la defensa de esta última provincia contra el de Mallorca, y también le veremos mencionado entre los más conspicuos en el consejo de guerra tenido por Pedro IV⁸⁹, hasta que estando ya para terminar la contienda después de haberse alejado el rey de Mallorca, el monarca aragonés envía a nuestro don Guillén a Puigcerdá para restablecer el orden

⁸⁴ ZURITA, *Anales*, t. II p. 155; LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 212-215.

⁸⁵ ZURITA, *Anales*, t. II, p. 164; LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 215.

⁸⁶ ZURITA, *Anales*, t. II, pp. 165, 172.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 173, 176; LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 219-24.

⁸⁸ ZURITA, *Anales*, t. II, p. 182.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 173.

en la ciudad y castigar y condenar a los que, partidarios del rey mallorquín, eran acusados de rebeldes⁹⁰.

Con todo esto, Guillén de Bellera se había ya hecho famoso por su destreza guerrera y capacidad estratégica, de suerte que después de la batalla de Cerdeña de 1344 entre los de Oria y el gobernador catalán don Guillén de Cervellón, batalla desfavorable a las fuerzas catalanas, cuando Pedro IV, en la tentativa de restablecer a su favor la situación, decidió proveer el nombramiento de lugarteniente general que tomara el mando de sus fuerzas para proseguir las operaciones de guerra contra los de Oria, el de Bellera figura como uno de los cuatro generales más expertos del reino candidatos a dicho cargo⁹¹ y, si bien fué después elegido Riambau de Corbera, encontramos al de Bellera en 1347 con sus fuerzas en la defensa de Castellón contra las tropas de la Unión⁹² y sucesivamente en 1352 entre los caudillos catalanes que con el conde de Pallars, el vizconde de Vilamur, Arnaldo de Orcau y Arnaldo de Eril combatieron en la llanura de Urgel, en defensa de Cataluña y Valencia, contra el rey de Castilla hasta que, muertos en la contienda estos seis grandes barones, fueron sustituidos por Simón de Mur, Bernardo Roger de Pallars, Berenguer de Abella y Acart de Talarn⁹³. Asimismo en la guerra contra el Juez de Arborea en Cerdeña que se había levantado en armas contra Pedro IV sale en 1354 el nombre de Guillén de Bellera entre los más grandes señores de Cataluña que habían seguido al Rey en esta empresa y que el mismo monarca cita como a uno de los que se distinguieron⁹⁴.

Mientras nuestro héroe sobresalía así en los hechos de armas, una hija suya, sor Constanza de Bellera, abrazaba el orden monástico según la regla de San Domingo. Después de haber formado parte de la comunidad de Pruliano antiguo, fundada por el mismo santo, fué llamada a gobernar como primera priora, el monasterio de San Pedro Mártir, extramuros de Barcelona, fundado en 1352, y durante su priorado, por peligro de la guerra, sus religiosas se vieron obligadas a trasladarse, el 14 de septiembre de 1371, a una nueva casa cerca el hospital de Colón, en el recinto de la ciudad. Murió sor Constanza, según consta en la lápida de su sepulcro, el 7 de septiembre de 1375, después de haberse distinguido por su

⁹⁰ Ibidem, pp. 178, 182.

⁹¹ Ibidem, p. 206; LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 230, 246.

⁹² LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 236; ZURITA, *Anales*, t. II, p. 206.

⁹³ ZURITA, *ibidem*, p. 247; LA PEÑA, *ibidem*, p. 243.

⁹⁴ ZURITA, *ibidem*, pp. 247, 256.

celo religioso⁹⁵. En la misma época el obispo Ramón de Bellera, en un sínodo celebrado el 5 de mayo de 1358, ordenó que la santísima Eucaristía se guardase en un sacrario colocado en lugar eminente, prohibiendo que se depositase, como hasta entonces, en arcas que servían de asiento con no poca irreverencia hacia los sagrados Misterios⁹⁶.

A Guillén de Bellera le sucedió su hijo Juan⁹⁷, a cuyo nombre, en el Censo de hogares de Cataluña ordenado por Pedro IV en 1359 según la disposición ordenada en las Cortes de Cervera, encontramos el elenco de los que constituían el feudo de Bellera en dicha época, con un total de 183 fuegos (número sólo superado en la veguería de Pallars por el que poseía el obispo de Urgel, que tenía 222, y por el noble Arnaldo de Eril, con 194; mientras que rebasaba en mucho al de 42, del conde Pallars, y al de 98, del vizconde de Vilamur), lo que es seguro indicio de la potencia familiar verdaderamente de primer plano de esta ilustre casa que puede colocarse entre las principalísimas baronías de Cataluña.

Los castillos, pueblos y aldeas de dicho feudo se nombran así en el citado censo: Rialp, con 25 fuegos; La Suy, con 18; la Torra, con 12; Sauri, con 17; Barnuy, con 6; el Torá, con 9; Surp, con 12; Vilamijanes, con 7; Loch den Suy, con 9; Azexuy, con 7; Roca Bellera, con 7; Vilella, con 5; Salmanuy, con 5; Santa Coloma de Bellera, con 3; loch Dalerent, con 3; la Bastida, con 3; Darden, con 4; Tavill, con 1; loch Dentist, con 37; Castellasco, con 2; loch Doneig, con 4; loch de Daydiro, con 7, y Lestella, con 4. El examen de la extensión del feudo y la importancia de los castillos y fortalezas que dominaban los caminos de entrada en Cataluña desde el Pirineo y también la importancia económica de las aldeas no hacen sino confirmar este juicio⁹⁸.

En este mismo censo figura una «Madona den Bellera» poseyendo un hogar de caballeros en el obispado de Elna: el lugar de Fiach, en parte con Arnaldo de Millars⁹⁹.

Sabemos que en este período hubo guerra por razones de jurisdicción entre el hidalgo Mosén Juan de Bellera y el conde de Pallars¹⁰⁰.

⁹⁵ LA PEÑA, *ibidem*, p. 242.

⁹⁶ VILLANUEVA, Jaime, *Viage literario* (Valencia, 1806), t. VI, p. 99.

⁹⁷ TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04.

⁹⁸ BOFARULL, *Colección*, t. XII, pp. 75-76; CARRERAS CÁNDI, *Geografía. Lleyda*, pp. 852-55.

⁹⁹ BOFARULL, *Colección*, t. XII, p. 121.

¹⁰⁰ TOMIC, *Historias*, p. 221; TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04; LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 307.

Entretanto el papa Benedicto XII había ordenado una cruzada contra los musulmanes, Los reyes de Castilla y de Aragón fueron los primeros en recoger el llamamiento y el de Navarra, que se hallaba en sus dominios de Francia, se apresuró a repasar los Pirineos para dirigirse a Toledo. Su amigo y compañero de armas, Gastón IX de Bearn, formaba parte de su séquito con sus fuerzas de Gascuña, de Cataluña y de Foix (mientras una tregua de tres años suspendía las hostilidades entre Inglaterra y Francia) para tener así participación en el supremo esfuerzo que toda la España hacía a fin de echar definitivamente al rey de Marruecos y ocupar Algeciras, última fortaleza de los árabes en la península ¹⁰¹, cuya ciudad sitiada, después de la sangrienta batalla de Jerez (1343) fué conquistada obteniendo una grande victoria las fuerzas cristianas.

La muerte del rey de Navarra y del conde de Bearn en esta lucha repercutió ostensiblemente en el reino de Mallorca, donde el rey Jaime, sin el apoyo de Gastón IX, quedó aislado; y Pedro IV pudo ocupar, además de la isla, cuyos habitantes se habían rebelado contra su soberano, también el Rosellón, terminando por fin la lucha con la muerte de Jaime I en el desesperado esfuerzo para reconquistar Mallorca en 1348.

Pero el rey de Castilla, aliado con el de Navarra, había de improvisado atacado el Aragón, ocupando varias plazas fuertes. A pesar de la gravedad de la situación, Pedro IV invitó al gobernador de Aragón a que resistiera, mientras por su parte, reunidas Cortes en Monzón, podía marchar en su socorro a la cabeza de la aristocracia catalana, que olvidando los agravios recibidos de los aragoneses, corrió a defender y a arrebatar la tierra de las manos de Pedro el Cruel. Esta expedición fué coronada por el éxito y los castellanos, atacados seriamente, tuvieron que batirse en retirada ¹⁰². Entre los principales señores y caballeros catalanes que acudieron a esta empresa, y precisamente entre los nobles barones, hallamos mencionado en 1363 a Ramón Arnaldo de Bellera ¹⁰³, hijo del citado don Juan.

La muerte de Pedro IV acaecida en 1387 había de señalar el fin de aquella serie de príncipes inteligentes que habían elevado el reino de Aragón y Cataluña a un altísimo grado de fuerza y esplendor. Sus sucesores, menos dotados, pasarán rápidamente por

¹⁰¹ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*

¹⁰² LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 243.

¹⁰³ *Ibidem*, pp. 270-72; ZURITA, *Anales*, t. II, pp. 318-19.

el trono hasta el interregno que, después de una guerra civil, terminará con la elevación al trono de un príncipe de la casa de Castilla.

Juan I, sucesor de Pedro IV, se vino a Zaragoza y convocó Cortes en Monzón, concediendo salvoconducto para participar en ellas a los que formaban parte del grupo acaudillado por el Marqués de Villena y entre éstos vemos mencionado al noble barón Juan de Bellera.

En los debates promovidos en las Cortes se perdió el tiempo en discusiones estériles, aún más porque a fin de evitar disensiones y conflictos con el monarca, varios nobles habían pedido licencia de ausentarse, como lo hizo el mencionado don Juan, y así las Cortes, que duraron mucho tiempo, acabaron sin resolver nada ¹⁰⁴.

Fallecido entretanto Juan de Bellera, le sucedía su hijo Arnaldo: evidentemente el mismo que hemos visto en 1363 en la defensa de Aragón ¹⁰⁵. Éste, en tiempo del rey Martín, dió una hija suya por esposa a Bernardo de Centellas, quedándole otros dos hijos, Arnaldo y Jaime ¹⁰⁶.

Entretanto imperaba el Cisma de Occidente iniciado con Urbano VI, en Roma y Clemente VII, en Aviñón, y continuado bajo Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII en la cátedra romana, mientras que el citado Clemente se mantenía fuerte en la ciudad de Provenza apoyado por todos los pueblos del Pirineo, y cuando la muerte del papa aviñonés permitía prever el fin del cisma, el cardenal Pedro de Luna, primo del rey Martín, presunto heredero al trono aragonés, se hizo nombrar papa en lugar de aquél, tomando el nombre de Benedicto XIII y obteniendo la obediencia de la Saboya, el Languedoc, de los estados pirenaicos y España, mientras Francia, Italia y Alemania seguían la obediencia del papa de Roma hasta el concilio de Pisa, cuando en 1409 se proclamó a Alejandro V, a pesar de la oposición de Benedicto XIII y del rey Martín que le favorecían.

Las discordias de la Iglesia tuvieron notables repercusiones en Cataluña. Muerto en 1395 el rey Juan I, sucedióle su hermano Martín I, quien tuvo que entablar guerra con el conde de Foix, pretendiente al trono que estaba apoyado por el ejército francés. Esta guerra de Cataluña contra las fuerzas francesas del conde

¹⁰⁴ ZURITA, *ibidem*, p. 395; LA PEÑA, *ibidem*, p. 307.

¹⁰⁵ TARAFÁ, *Cronica*, pp. 202-04.

¹⁰⁶ *Ibidem*.

halla su principal exponente en Arnaldo Guillén de Bellera, sucesor de su padre Juan. Aunque poseía poca gente armada, supo hacer brillar las virtudes tradicionales de su estirpe en la defensa de los pasos de los confines de Cataluña y, en particular, del castillo de Rialp¹⁰⁷, derrotando al de Foix e impidiendo le llegaran a éste los socorros de Francia¹⁰⁸, de manera que el conde en 1396 tuvo que retirarse pasando a Aragón, ya que le era imposible, por la oposición del de Bellera y del conde de Pallars, tanto el recibir refuerzos franceses como una retirada directa, estando todos los tránsitos y pasos de las montañas defendidos por tropas bien ordenadas de las tierras de los Bellera y del conde de Pallars¹⁰⁹.

Y entramos ahora en el atormentado período de la sucesión del reino de Aragón, Cataluña y Valencia, que debía dar lugar a las divisiones, en partidos adversos, de las poblaciones locales y fomentar las luchas y discordias entre aquellos tres estados, con la constante participación del conde de Foix en perjuicio de los estados hispánicos, a veces como candidato al trono o representante de los intereses de Francia. En esta lucha toma parte muy viva la alta nobleza catalana, cuyos principales barones, a falta del poder central, se hacen árbitros de la situación y detentores del poder, y no dejan, por lo mismo, de hacer sentir el peso de su fuerza a los representantes de la realeza, ya favoritos, ya adversarios.

El rey Martín había apenas reunido las Cortes en Barcelona para obtener refuerzos en que apoyar la represión de la sublevación de Cerdeña contra el rey su hijo, cuando tuvo noticia del fallecimiento de éste, su presunto sucesor y yerno del rey de Navarra, muerte acaecida el 25 de julio de 1409. La corona catalano-aragonesa fué reclamada a un tiempo por Jaime, conde de Urgel, sobrino de Alfonso IV, por el duque de Anjou, marido de la hija de Juan I de nombre Yolanda, por el infante don Fernando segundogénito del rey de Castilla y nieto del rey Martín y por Alfonso, duque de Candía, sobrino de Pedro, tío de Pedro IV.

El rey Martín buscó la manera de desviar sus ambiciones, pero sus tentativas de tener nuevo heredero con ulteriores nupcias y de hacer reconocer heredero a Federico, hijo natural de su hijo recientemente fallecido resultaron vanas y hubo de reconocer, según el parecer de una asamblea de jurisconsultos, el derecho del

¹⁰⁷ Ibidem, p. 417.

¹⁰⁸ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 343-46; BOFARULL, *Colección*, t. X, p. 241.

¹⁰⁹ LA PEÑA, *ibidem*; BOFARULL, *ibidem*.

conde de Urgel, Jaime II, nombrándole administrador general del reino. Mas la candidatura no fué aceptada pacíficamente y la muerte del rey a los cincuenta y dos años de edad, el 31 de mayo de 1410, vino a agravar una situación ya difícilísima. El conde Jaime II tuvo el apoyo de las Cortes y de la ciudad de Barcelona, mientras que la nobleza catalana y aragonesa se dividió entre los opuestos partidos.

Arnaldo Guillén de Bellera (que algunos autores por error llaman Narciso de Bellera) va mencionado entre los que no quisieron asistir al Parlamento de Tortosa en 1411¹¹⁰; y por cartas que figuran en las Actas de dicho Parlamento, venimos en conocimiento de que el nobilísimo Mossén Arnau Guillén de Bellera, que en 1409¹¹¹ había sido nombrado gobernador del reino de Valencia y capitán general de los condados de Cerdaña y Rosellón por el rey Martín, se adhirió al partido de Jaime, conde de Urgel, junto con casi toda la nobleza feudal catalana¹¹². Como había gobernado con mucha severidad el Virreino de Valencia¹¹³, el Parlamento valenciano había presentado sus quejas al de Tortosa, contrario al Conde de Urgel, con una carta que nos hace saber que los de Valencia se declaraban dispuestos a someter sus discordias con el gobernador Arnaldo Guillén de Bellera al arbitraje del mismo Parlamento de Tortosa¹¹⁴, mientras que por otra carta posterior, leída el 26 de diciembre de 1411, nos informamos que el de Bellera había rehusado el arbitraje propuesto, dejando sentir su enojo a los componentes de la facción adversa al conde de Urgel en contraste con la voluntad del Parlamento valenciano¹¹⁵.

En 27 febrero de 1412 se libró batalla entre Bernardo de Centellas, partidario de don Fernando de Antequera, ayudado de los aragoneses, castellanos y valencianos, contra el mismo Bellera, y los representantes de estas dos poderosas familias fueron a la lucha con espíritu de odios y venganzas. Guillén de Bellera quedó vencido y muerto y tomada su bandera de Valencia por los enemigos que la enviaron al de Antequera, mientras el hijo de aquél fué obligado por el vencedor a pasar entre las tropas castellanas,

¹¹⁰ LA PEÑA, *ibidem*, p. 394.

¹¹¹ TARAFÀ, *Cronica*, pp. 202-04; ZURITA, *Anales*, t. II, p. 4; PIFERRER, *Nobiliario*, p. 95; SANCHIS SIVERA, *Dietari*, f. 97.

¹¹² ZURITA, *Anales*, *ibidem*, p. 16.

¹¹³ *Ibidem*, p. 19.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 31; BOFARULL, *Colección*, t. II, p. 349.

¹¹⁵ ZURITA, *ibidem*, p. 40; BOFARULL, *ibidem*, t. III, pp. 7-9.

que habían ayudado al de Centellas, llevando la cabeza de su padre clavada en una pica ¹¹⁶.

El Consejo de Cataluña, el 15 de abril de 1412, acordó enviar una embajada al infante de Castilla para rescatar los prisioneros, aunque tenían pocas esperanzas de ser atendidos ¹¹⁷, y debemos creer que también murió el hijo prisionero, pues en la señoría vemos que le sucedió el hermano, Jaime de Bellera, que había casado con una hija del conde de Pallars ¹¹⁸.

Mas con la muerte de Arnaldo Guillén no había cesado la influencia y la importancia de la familia, ya que cuando en las guerras de Castilla el conde de Luna dejó la Corte y el servicio del Rey y éste le llamó al orden mandándole presentarse en Tortosa, prefirió dicho conde no valerse del salvoconducto que se le ofrecía, y presentó las excusas por medio de N. de Bellera (ciertamente nuestro 'n Jaime de Bellera) y esto sucedía en 1430, señal segura del poderío que aún poseían los miembros de la casa ¹¹⁹.

Y cuando al advenimiento al trono de Gastón IX, los estados de Bearn le impusieron una constitución que representaba la expresión de la victoria de la aristocracia en su continua lucha contra la realeza, entre los firmantes del acta otorgada el 12 de julio de 1436 en nombre de los preladados, barones, abades, gentilhombres, jurados y otras gentes de las comarcas, aldeas, valles, pueblos y ayuntamientos, hallamos como representantes de los señores de la vertiente española del Pirineo a Jaime de Bellera y Vincent de Araviofort junto con Mateo de Foix, conde de Cominges, el notario de la Corte, Juan de Foix conde de Castellón y al obispo de Tarbes ¹²⁰. El mismo Jaime será nombrado entre los principales señores de Cataluña que se distinguieron en las guerras de Italia y en la conquista de Nápoles el año 1454 ¹²¹.

En este período, y con más precisión en 1435, el valle de Assua y la baronía de Rialp, pertenecientes a los dominios de los Bellera fueron vendidos por el precio de 10.000 florines al conde de Foix, quien no pudo tomar posesión de ellos hasta 1460, a causa de la hostilidad de la población ¹²².

¹¹⁶ ZURITA, *ibidem*, pp. 53-54; BOFARULL, *ibidem*, p. 156; TOMIC, *Historias*, página 178; SANCHIS SIVERA, *Dietari*, f. 101; TARAFA, *Cronica*, pp. 202-04.

¹¹⁷ SANCHIS SIVERA, *Dietari*, f. 101.

¹¹⁸ TARAFA, *Cronica*, pp. 202-04; TOMIC, *Historias*, p. 279.

¹¹⁹ LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 447.

¹²⁰ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. IV, p. 92.

¹²¹ LA PEÑA, *Anales*, t. II, p. 495.

¹²² CARRERAS CANDI, *Geografía. Lleyda*, pp. 852-55.

Los desórdenes no habían acabado aún en Cataluña y en la insurrección y guerra al tiempo de Juan II, hallamos a los de Bellera como partidarios del príncipe de Viana en unidad de sentimientos con la nobleza catalana, de suerte que, por esta causa, el representante de la familia, el noble Mosén Arnaldo Guillén de Bellera, probablemente ya sucesor de Jaime, en 1460 figurará en una lista de nombres enviada por el primogénito del rey a la Generalidad de Cataluña, para que tales personas, consideradas enemigos suyos, no pudieran ser nombrados diputados o auditores ¹²³.

Durante estas luchas el mismo Mossén de Bellera, 5 diciembre de 1461, es llamado a formar parte del Consejo real de Cataluña ¹²⁴ y aparece destinatario de una carta, de 9 junio 1462, dirigida a él por los diputados de dicho Consejo requiriéndole para el servicio de las armas ¹²⁵, y de otra carta, de 2 julio del mismo año en que se renueva el requerimiento, mientras el 4 julio de 1462 se envía una tercera carta a las autoridades civiles y también a las de la Baronía de Bellera para pedir se envíe un hombre armado y hábil que participe con el ejército del principado en las disposiciones tomadas para obviar los daños causados por el enemigo en tierras de Urgel ¹²⁷.

Y entramos ya de pleno en el período de desórdenes que siguieron a la muerte del príncipe de Viana contra su madrastra, tenida por responsable de dicha muerte, y en favor de D.^a Blanca de Castilla nombrada heredera por el difunto príncipe: la reunión de las fuerzas del partido de Juan II procurada por la reina Juana provocó de verdad la revuelta de Cataluña entera, haciendo causa común con ella el Pallars, el Ampurdán, el Rosellón, mientras que Aragón tomó parte por Juan II, renovándose así las rencillas entre los dos pueblos ¹²⁸.

Y a esta división general entre pueblos se añaden las particulares entre comarcas, y así hallamos a Arnaldo Guillén de Bellera y a su hijo mayor de edad, comprendidos en una lista de personas que habían de tenerse por enemigas del principado de Cataluña, cuyos bienes debían confiscarse por haber combatido contra el conde de Pallars, partidario de la reina Juana ¹²⁹.

¹²³ BOFARULL, *Colección*, t. XXVI, p. 54.

¹²⁴ *Ibidem*, t. XVII, pp. 320-23.

¹²⁵ *Ibidem*, t. XX, pp. 112-13.

¹²⁶ *Ibidem*, t. XXI, p. 186.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 243.

¹²⁸ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. IV, pp. 142-43.

¹²⁹ BOFARULL, *Colección*, t. XXIII, pp. 136-37.

Que la confiscación y la condena fueran inoperantes se puede dar por documentado no sólo en vista del poder de la familia, sino también por la evolución de los acontecimientos. De hecho después del arbitraje de Gastón de Foix, rey de Navarra, pronunciado en Hendaya el 12 abril 1463 proclamando la sentencia arbitral dada por el rey de Francia Luis XI (quien entretanto conquistaba el Rosellón) en la lucha entre Juan II de Aragón y el rey de Castilla en virtud de cuyo arbitraje Cataluña, sublevada contra el de Aragón y aliada de Castilla, debía ser abandonada por ésta y entregada a Juan II; mientras los catalanes se daban a don Pedro, condestable de Portugal, pretendiente al trono de Cataluña, el monarca aragonés lograba, gracias al valor de sus secuaces, hacer progresos en Cataluña, en donde vemos a Isabel de Montenaus guardarle fiel el castillo de Pubal; al maestro de la Orden de Montesa cómo consigue devolver el maestrazgo a la autoridad real y a Arnaldo Guillén de Bellera someterle todo el Urgel, mientras Ramón Folch, lugarteniente del rey en el Principado lograba que muchas ciudades se le rindiesen, de manera que sólo Barcelona, Lérida y Tarragona persistían en su oposición¹³⁰.

Esta actividad guerrera de Arnaldo Guillén motivaba una nueva confiscación de sus bienes por parte del condestable de Portugal, que pródigo en dar bienes ajenos, atribuyó, sin haberla conquistado, la baronía de San Vicente, parte de la de Bellera, a su partidario don Juan de Almada, conde de Branches, quien, sin embargo, nunca pudo tomar posesión de ella¹³¹.

En el año sucesivo de 1469 durante la guerra de Cataluña contra el de Anjou, al entrar, en el mes de junio, el rey de Sicilia en Tarragona para residir allí como lugarteniente, dejó en Vilafranca, entre otros señores, al noble Arnaldo Guillén de Bellera que seguía oponiéndose al partido de Barcelona¹³², lo que va documentado por el hecho de que el mismo «Mossen Guillem Arnau de Bellera, senyor de les viles de Conques e de Figuerola en les terres de Payllars» es el destinatario de una carta de dicho año que le dirigía la Diputación general de Barcelona, el 1.º de febrero, en la cual se le pedía devolviese algunos de los derechos debidos a las Generalidades que los habitantes de las indicadas ciudades retenían indebidamente¹³³.

¹³⁰ MONTCAUT, *Hist. des Pyr.*, t. IV, p. 126; ZURITA, *Anales*, t. II, p. 126; LA PEÑA, *Anales*, t. III, p. 142.

¹³¹ LA PEÑA, *ibidem*, p. 45.

¹³² *Ibidem*, p. 56.

¹³³ BOFARULL, *Colección*, t. XXV, pp. 317-18.

Otra disposición del 16 octubre a favor de dicho Mosén Arnaldo Guillén le rebaja los tributos con motivo de los daños de guerra sufridos durante la revuelta contra Juan II ¹³⁴, y después, mientras continúa la guerra con Francia y el conde de Pallars, se menciona todavía a un N. de Bellera ('n Arnau G. de B.) en 1476, cuando el conde de Cardona, en la imposibilidad de socorrer a la ciudad de Salsas sitiada, llevó sus tropas contra los enemigos del Ampurdán, en poder del mencionado Bellera ¹³⁵.

Posteriormente a éstas, empiezan a escasear las noticias sobre los Bellera, que hasta aquí tanto renombre tuvieron en la historia de Cataluña, y es imposible obtenerlas sobre la familia misma que quizá se extinguió en su rama principal y sólo continuó en ramas segundonas esparcidas por los países a que las había llevado la expansión de la influencia española (Italia, Países Bajos, Francia) ¹³⁶.

Sólo se traduce el recuerdo de un Ramón o Raimundo de Bellera que en 1531, durante el reinado de Fernando II, se distinguió entre otros nobles catalanes en las guerras de Hungría ¹³⁷.

Junto con la familia también la capital de la antigua baronía se reduce a una pequeña aldea de montaña, llena de los recuerdos de un glorioso pasado y del todo olvidada en el tiempo presente desde cuando la unión de España bajo los Reyes Católicos debilitó la vieja nobleza que ya se había constituido defensora de todas las libertades ¹³⁸.

ARMANDO BELLIERI

¹³⁴ Ibidem, t. VII, p. 43.

¹³⁵ LA PEÑA, *Anales*, t. III, p. 74.

¹³⁶ RIETSTAP, *Armorial*, lám. CLXIX, letras c, d, e, f, g, h, i.

¹³⁷ LA PEÑA, *Anales*, t. II, pp. 391-92.

¹³⁸ ROCAFORT, CEFERI, *Del Noguera Pallaresa*, p. 36.